Mariano Latorre y su novela “La Paquera”

Comenzó la redacción de *La paquera*¹ en 1916 y fue proseguida, en forma relativamente pareja, hasta 1920, en que el autor la daba por terminada; pero, suspendida la publicación por diferentes motivos, pudo Mariano Latorre introducir en la redacción algunas modificaciones en diversas fechas, siendo la más reciente de éstas la refundición de 1955, esto es, de los días finales del novelista. Así y todo, la obra ha quedado para póstuma. En su aspecto más general, *La paquera* sería una novela de magisterio, al mismo título que lo son, entre otras, *Esperanza* de Ismael Parraguez y *Confesiones de una profesora* de Rafael Maluenda; pero si leído el relato se abstraen las diversas acciones que le sirven de centro, viene a descollar aquí un matiz nuevo. Es más bien una novela de la vida del Hospicio, nombre que se da en Santiago de Chile a la institución destinada a recoger a los dementes y a los ancianos incapacitados para trabajar. Desde este punto de vista, además, cobra inusitado interés documental, porque en estos días se está derribando el local, para levantar allí la posta céntrica de la Asistencia Pública, de modo que en pocos años más cualquier relato literario relacionado con el Hospicio será tema de historia.

El título exige cierta explicación. *Paco* es el nombre que popular y vulgarmente se daba a los agentes del orden público, uniformados, que prestaban sus servicios a las municipalidades para la vigilancia policial en las calles, antes de que se formara el actual Cuerpo de Carabineros. *Paquera* es, a su turno, el de la mujer que accediendo a los requerimientos de aquel guardián, se aviene a ser su amante. Y *La paquera* de la novela

¹ Mariano Latorre, *La paquera*, prólogo de Juan Uribe Echevarría (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1958).

es, en fin, Escolástica, una demente menor recluida en el Hospicio y a la cual, en la escuela anexa a este establecimiento, se hace servir en pequeñas labores de aseo. Le hace compañía otra, Sara, y ambas aparecen con frecuencia distanciadas en feroces peleas y conflictos que señalan incompatibilidad de caracteres, malos humores, etc.

La novela aparece narrada en primera persona por una joven normalista que pasa a prestar sus servicios en la escuela anexa al Hospicio; dura toda una temporada escolar, y termina a la iniciación de la siguiente, cuando la narradora, asfixiada por la sordidez de aquel ambiente, consigue su traslado a otra escuela. No hay desenlace propiamente tal. Mientras Escolástica es seducida por el guardián, queda embarazada y da a luz una criatura sana y robusta, en otro plano, el de las maestras, Elena sigue a un sacerdote que prestaba sus servicios de capellán en el Hospicio y se va a vivir con él. Este último suceso, que podría haber dado motivo al verdadero centro orgánico de la novela, es conocido de la narradora sólo por referencias de terceros y nunca en forma completa. Debido a algunos desarreglos de la redacción, que confirman la existencia de las vicisitudes a que se pasó revista, no sabe, en fin, el lector si efectivamente aquellos amoríos han llevado a la apostasía al sacerdote.

Si Mariano Latorre hubiera publicado esta novela dentro de su vida y, digamos, a la altura de 1920 a 1930, se le habría abierto cuenta de crédito en calidad de novelista de las realidades urbanas y, en concreto, de la vida del profesorado, que era por lo demás, tanto su profesión como la de su esposa. En el prólogo, Juan Uribe Echevarría, que acompañó mucho en sus últimos años al novelista y que le ha estudiado con empeño, señala la circunstancia de que esta dama, hoy viuda de Latorre, fue efectivamente en 1916 nombrada profesora en la escuela del Hospicio. Algunas de las experiencias inmediatas de la normalista (el patio, el jardín, la temperatura ambiente, la impresión de tibieza del sol en medio de los días invernales), aun cuando sean comunes para ambos sexos, provenirían aquí, inequívocamente, de la mujer del novelista y habrían sido captadas por éste para su proyecto. Pero hay un matiz psíquico diferencial entre las impresiones que la vida guarda a una mujer y el aspecto con que ella se revela al hombre, y este matiz se da con especialidad en la escuela, sobre todo si ésta no es frecuentada por seres comunes y normales biológicamente hablando, sino por lisiados. La escuela del Hospicio cuenta entre sus pequeños alumnos a no pocos dementes, algunos tullidos, sordos y ciegos. En este caso, la carga emocional que debe verterse sobre la profesora es, naturalmente, más crecida que en cualquier otra escuela. Y

es propio de la sensibilidad femenina el resorte oculto de la energía que hace falta para persistir en la tarea contra tantos obstáculos acumulados, que no dejan, a menudo, de sugerir que todo trabajo pedagógico se hace en vano con aquellos seres retardados implacablemente en su desarrollo intelectual. Entonces se echa de ver que la ficción que se apoderó del novelista le hizo escoger un camino sin duda errado. No sabe simular la existencia de la sensibilidad femenina, y reacciona generalmente con dureza, con frialdad, sin la emoción entrañable que el dolor ajeno suscita en el espíritu de la mujer normal; más aún: reacciona manejando conceptos y teorías raciales (?) precisamente en aquellas situaciones en que la mujer habría procurado endulzar con la ternura el choque brutal de la vida. Debido a las dificultades intrínsecas de la transposición de sexos, tenemos que, en general, el relato carece de emoción; mezcla y agita inoportunamente conceptos racistas; explica de modo poco convincente la falta de religiosidad de la narradora, la cual, en fin, no cree en la eficacia de su tarea docente a la que, por lo demás, no es capaz de allegar delicadeza ni ternura.

Ahora bien, para sustanciar estos aspectos vamos a señalar cuatro temas fundamentales de la obra, con citas textuales.

ODIO DE CLASES. Es el tema más frecuente y se divisa en la obra a lo largo de todo su desarrollo. El primer ex abrupto en esta materia surge a la presencia del subadministrador del Hospicio, a quien no se da nombre: "Es un hombre elegante. Cuerpo y espíritu están moldeados por un sastre que sabe vestir a estos maniqués" (pág. 45). Una mujer sana y dotada de instinto femenino, habría aceptado siquiera el encanto sexual de aquel sujeto; ésta no: "Tiene un gesto aprendido de gran señor, entre cortés y despegado al mismo tiempo" (*ibidem*). No necesita decirlo, pero se nota que le odia, y no por otra cosa sino por lo ya dicho: porque es gran señor, o los demás creen que lo es, "hijo o nieto de un Presidente de Chile" (*ibidem*). De todo esto resulta que para la narradora hay en Chile dos clases sociales, una superior y otra inferior, y que ésta odia a aquélla. Refiriéndose a semejante situación social, la narradora inscribe esta sentencia abismante: "Y nosotros, clase media, a quienes soportan, porque no tienen otro remedio, no somos sino libertos, esclavos sin amo, siervos manumitidos" (pág. 46). Se aceptará que una mujer no se expresa así de propio impulso, salvo que sea una pedante intolerable.

Pero en medio de la multiforme variedad de la vida, la narradora descubre en seguida otras estratas sociales. Hablando de las dos dementes

que sirven al aseo de la casa y señalando cómo Escolástica, según cuentan los entendidos, es hija espuria de un señor, la narradora agrega: "Sarita es pueblo, ni siquiera medio pelo. Se siente inferior y teme y odia a su compañera" (pág. 57). Hay, pues, tres y no sólo dos clases sociales, y el sentimiento dominante de una a otra es la indiferencia, cuando no el desprecio o el odio...

También choca a la narradora la falta de fijeza en los rasgos psicológicos del pueblo chileno, que ella cree haber comprobado como especial descubrimiento, y antes que alabarla como prenda de que las clases sociales podrán, con el tiempo, acercarse y confundirse, la vitupera. Hablando de Chile en general, dice: "Nada hay fijo, determinado. Todo se confunde. A veces, un gañán parece un caballero y un caballero tiene todas las características del gañán. Una ramera posee delicadezas de señora, y una señora, inmundas apetencias de ramera" (págs. 75-6). Vuelve a anotarse aquí la dificultad de la transposición. ¿De dónde saca una joven normalista provinciana, recién establecida en Santiago, conocimiento de la vida como para afirmar aquellas enormidades? ¿Qué sabe, en concreto, una normalista de pocas luces sobre las apetencias de las rameritas? Vaya petulancia.

Pero el odio de clases va con más frecuencia a los hechos políticos salientes, y la novela de vez en cuando pierde el compás y divaga más allá de lo que le es permitido como tal novela. Véase una nota típica: "Los niños de la clase alta son precoces, dueños de sí mismos, casi insolentes con padres y desconocidos. Creo que están sobrealimentados. El resultado final es un político mediocre, un médico o un abogado, con más o menos nombradía, y la formación de una clase cerrada que defiende con todos los resortes del medio su primacía en el gobierno de la República, es decir, en la repartición del presupuesto" (pág. 91). El presupuesto allí referido provee los sueldos del profesorado, de modo que la normalista predicadora también cae en su repartición. Este odio de clases subyacente adquiere, por momentos, apariencias feroces, impropias de una pedagoga, dada la misión social que ella debe cumplir. Las logias masónicas son, aquí, una "sólida camaradería de la clase media para defenderse de las luchas políticas de los conservadores y de la iglesia" (pág. 96). Y cuando la narradora vuelve, hacia el final del libro, al subadministrador del Hospicio, le asaetea con un puñado de flechas venenosas: "Su elegancia de sastrería, su voz suave, utuosa, con pretensiones de distinción; toda su actitud fingida y estúpida, tan frecuente en la clase alta chilena y en sus imitadores de la clase media, los siúticos, me hacían a este

hombre profundamente antipático" (pág. 162). Quedamos en que le es antipático, ¿pero a qué viene recordarlo tan a menudo?

RACISMO. No es tan frecuente como el odio de clases, pero comparece y constituye, por cierto, otra nota ingrata en el conjunto. La señala el prologuista, y aun cuando por admiración general al escritor y al hombre no la condena, divísase en sus palabras que no la comparte. "Mariano Latorre sabía qué escritores eran blancos, mestizos o mulatos"; y "se sentía un chileno reciente, interesado, embrujado por las cosas nacionales" (pág. 13). Reciente o no, el chileno a quien detienen pormenores de raza adquiere un tono de superioridad que suele llegar al desprecio para aquellos que no forman parte de su grupo. Para la narradora, las razas europeas son superiores, por lo menos dentro del medio social chileno: "Fina, aristocrática en sus maneras y en su figura, producto de razas europeas en un país a medio formar, nació para ser una gran dama y debe someterse a la vida oscura y sórdida de las maestras primarias" (pág. 93). Nótese que algunos de estos rasgos de finura aristocrática observados no en una mujer sino en un hombre, el subadministrador del Hospicio, dieron pie a las más amargas censuras. Como se puede ver, no es la consecuencia la musa de esta narradora. Ni la piedad conmisericordia, porque cuando habla de Teotiste la acribilla con un epigrama feroz: "Larga, desgarrada, morena, de huesudo esqueleto de solterona de mala raza (hay en ella mucho del indio del centro de Chile), siempre enfundada, como un violoncelo, en su traje negro y relumbroso" (pág. 123). Se convendrá en que la más elemental piedad humana ha desaparecido aquí, y aventada nada menos que por el desprecio de una "mala raza"... Y como prueba de que la narradora está dominada, de comienzo a fin de la novela, por el convencimiento irracional de la superioridad de unas razas frente a la inferioridad de otras, veamos en seguida el extremo opuesto. Teotista es de mala raza porque revela en su aspecto "mucho de indio"; Elena, en cambio, le parece más apreciable, y cuando la narradora no la encuentra de vuelta en la escuela, la echa de menos. "Hacía, afiebradamente, gestiones para conseguir mi traslado a otra escuela de Santiago. Echaba de menos la alegría de vivir de mi amiga [*Elena*], la frescura de su risa, el desenfado de su temperamento, basado en una superioridad de raza, sin duda alguna, frente al ceño fruncido de las monjas y la solicitud de maestras e inspectoras" (pág. 146).

Es de esperar que estos ligeros y peligrosos conceptos racistas no hayan sido proporcionados a las profesoras en las escuelas normales donde

se gradúan, y que en consecuencia no se incorporen a la enseñanza nacional, que debe propender a unir a los chilenos y no de ningún modo a dividirlos.

INDIFERENCIA RELIGIOSA. Otra de las notas ingratas que se deslizan en este libro es la indiferencia religiosa, la cual, naturalmente, no choca por sí misma sino por el hecho de que quien la albergue, confiese y proclame sea una profesora. Es de presumir que en el medio social en que actúa no va a encontrar otros tantos ateos en los chicos de seis a doce años con que va a tratar, y que debe respetar no sólo los sentimientos religiosos de sus educandos sino también la orientación que hayan dado a esos sentimientos. Así y todo, la narradora podría constituirse con el tiempo en un verdadero peligro público, si el verdor de sus ideas antirreligiosas no se temperó con la frecuentación de la realidad social que le era forzoso manejar como maestra.

Según explica la narradora, procede de una familia española enemiga de la clerecía y totalmente indiferente en materia religiosa. "Yo oí, muchas veces —declara—, hablar a mi padre, reñía alma de trabajador, hombre íntegro, de sus ideas religiosas. No era odio lo que brotaba de sus palabras, salpicadas de refranes. Era una comprensión nueva, realista, en la que el cura, más que la religión misma, salía mal parado" (pág. 29). Esto en lo que toca al padre; la hija confiesa sin ambages que es atea. "Sin embargo, en mi indiferencia no había agresividad. Pensé muchas veces que para algunas personas era más bien una costumbre, una herencia tradicional que llenaba sus vidas y de las cuales no podían prescindir, porque, sin ellas, sus almas mediocres estaban vacías. En mí, no. Hija de gente laboriosa, que se labró con esfuerzo un mediano bienestar, la preocupación religiosa se quedó en España, en los viejos santos de las paredes hogareñas y en las piedras grises de la iglesia de Dueñas" (pág. 30). En este conflicto, se asila en la exterioridad de las ceremonias, las cumple para no chocar con el medio, pero se siente irreductiblemente atea. "Cumplía, simplemente, lo que hacían mis compañeras: ir a misa, confesarme y hasta hacer la primera comunión, con el traje blanco y la cofia de encarrujados adornos. Y acatando deliberadamente estas prácticas señaladas por el profesor de religión de la escuela, me di cuenta de lo que aquella devoción tenía de convencional, de hábito heredado y cómo el cura intervenía en la vida de los hogares y hasta en la profesión futura de las hijas mismas" (pág. 31).

Más tarde, visita la escuela del Hospicio un obispo, y las monjas y las maestras seculares le reverencian en calidad de pastor. Elena y la na-

rradora se mantienen al margen, indiferentes y hasta en actitud defensiva; pero, de pronto, Elena se deja arrastrar por la emoción religiosa y separándose de la narradora se mezcla en el grupo de las demás mujeres que, arrodilladas, esperan la bendición del pastor y besan su esposa litúrgica...

En presencia de tales violentos estallidos de indiferencia religiosa y de falta de amor a la organización eclesiástica, viénese a caer en la cuenta de que no era simple postura de adolescente sino credo que mantuvo a lo largo de años, la afiliación de Latorre en una Asociación Nacional de Libre Pensadores. De esta asociación, que en general ha dado poco que hablar, era el novelista secretario en 1910, y en el mes de julio de ese año hizo uso de la palabra en el cementerio, en los funerales del poeta Eusebio Lillo, asumiendo la representación de todos los ateos chilenos.

PEDAGOGÍA. Los conceptos pedagógicos de la narradora aparecen, aunque huelguen en el relato, en una especie de confesión automática, y vuelven a mostrarnos bajo la apariencia femenina la realidad masculina: es un hombre el que ha escrito esas páginas que carecen de toda la elemental ternura de la mujer.

La primera noción que se nos ofrece de la educación pretende incorporarla en el odio de clases a que ya pasamos revista. "Es el afán nivelador de toda la educación burguesa: limar aristas psicológicas, apagar las rebeldías que aún pueden quedar en su miseria. El Hospicio les hace ver, hora a hora, día a día, año a año, que viven sólo de limosna, que su misión en la vida es rogar por sus protectores: los grandes señores de Chile; por las Hermanas de Caridad, siervas de Dios e Hijas de San Vicente de Paúl" (pág. 88). Esta explosión de odio está basada en una premisa falsa: la de que haya una educación que en lugar de limar las aristas psicológicas pretenda aumentarlas o exacerbar su relieve. Cuando termina el período escolar en que ocurre aquella primera incursión en el campo de las ideas pedagógicas, la narradora vuelve a su hogar campesino y, recapitulando las experiencias sufridas, se revela en ella el fondo de sus sentimientos. No entiende la pedagogía, porque no ama a los niños en la forma abnegada y entrañable que hace falta para ser maestra. Y lo dice: "Cuando no pude dilatar más mi vuelta a la capital, se incubó dentro de mí un sordo encono, una agresiva actitud frente a la vida futura. Comprobaba, finalmente, que mi vocación de maestra no existía, a pesar de las consideraciones de textos de pedagogía y de conferencias en las escuelas y salones públicos. Era más resignación que amor por el niño" (pág. 137).

Pero, en fin, debe volver a la escuela en que está destinada, y vuelve.

En la primera temporada, le aliviaba las horas la compañía de Elena, su amiga; pero en la segunda, Elena, que se ha ido a vivir con el sacerdote, no está, y entonces la narradora se siente mortalmente sola y aburrida. Vuelve entonces a imperar en ella el odio. "Puse todo mi empeño en trasladarme, en no tener contacto nunca más con este rincón, donde se acumula la miseria y la decadencia de una gran ciudad. Sin embargo, ahora una angustia irreprimible, una profunda lástima a los pobres niños ciegos y cojos, a las maestras enlutadas y a las monjas de blanco tocado, me invade y me entenece hasta las lágrimas. Trato de analizar, para que desaparezca mi opresión, el origen de este dolor, de este inaguantable desconcierto psicológico" (pág. 169). Y no nos engañemos: lástima no es ternura, y las lágrimas que vierte la narradora no parecen el fruto de un amor entrañable a los niños, que antes declaró que no sentía, sino más bien rebelión contra la dificultad de salir de aquella escuela que le parece dura como cárcel. Lo prueba el hecho de que cuando consigue cambiarse de escuela y sueña en lo que otro cargo docente habrá de depararle, nuevamente es el odio el que domina en su alma y otra vez sus compañeras de labor le parecen despreciables y risibles: "Allá no veré a la monja de suaves facciones, ni escucharé la voz dura de la hermana Antonia; veré, en cambio, la cara vulgar de una directora que hace méritos para pasar a una escuela mejor, a unas muchachas, feas algunas, otras pizpiretas, que tratan de arreglar su vida en la mejor forma posible. Y de nuevo, cada cierto tiempo, la figura decorativa, cómica de un Visitador que trata de molestar a las profesoras, y así durante años" (pág. 173).

Si este libro hubiera sido publicado por otra persona, podría temer que al editarlo se abría paso el propósito deliberado de empañar el nombre de Mariano Latorre, tan ilustre en los anales literarios de Chile; pero lo ha publicado el señor Uribe, que es admirador declarado de Latorre, y con un prólogo lleno de interesantes noticias biográficas y literarias, y entonces debe aceptarse que la edición póstuma tiene un propósito superior en vista. Se trata, evidentemente, de ir recogiendo todo lo disperso de Latorre, para llegar a la edición de las Obras Completas, que no es sólo posible sino también deseable, ya que sólo la formación de este elenco permitirá conocer, hasta los más pequeños pormenores, la real dimensión del escritor. Y partiendo de la base de que esas Obras Completas han de llegar algún día, aunque tarden, se nos permitirá, en fin, allegar algunas útiles erratas que hemos notado en la lectura de este libro, que no son simples imperfecciones de la composición mecánica y que revelan falta de

aliño en la lectura de los originales, explicable en una publicación póstuma a la que no pudo el autor dar el toque final de su lima.

Pág. 17. Dentro del prólogo vemos, en una sola página, en textos de Mariano Latorre, dos notorios errores: hojal por ojal y cuchillo por cuclillo.

Pág. 20. También dentro del prólogo, léese Esmeralda en lugar de Esmeraldo, al citar el título de un libro de Edwards Bello.

Pág. 28. Dentro del texto de Mariano Latorre, línea 7, debe leerse "desbordaba" y no desbordada.

En la misma página, línea 24, debe suplirse una palabra que falta en el original del autor, y leerse: "Desde luego, me di cuenta de que las alumnas..." El análisis lógico muestra que es así como debe componerse, y no sin la preposición de.

Pág. 33. En la línea 15, léase "ventana" en lugar de venta.

Pág. 35. En las líneas 6-7 leemos: "Sin embargo, la voz era extrañamente dulce y afable". Ante este notorio error de copia, preferiríamos leer "entrañablemente".

Pág. 48. En la línea penúltima de esta página se presenta el verbo "rebosar", rectamente usado, pero en el curso de la novela se ven vacilaciones en su empleo, como sigue. En la pág. 157, línea 1, se lee "rebozaba" pero debe, por el contexto, leerse rebosaba. Idéntico error en la línea 5 de la pág. 159, en línea 1 de la pág. 161, y en la línea 17 de la pág. 166 donde en vez de "rebozantes" ha de entenderse que el autor quiso decir rebosantes.

Pág. 69, línea 18. Donde se lee "ascendencia" debe leerse ascendiente, que es la palabra que corresponde al concepto que sugiere el contexto.

Pág. 81, líneas 5-7: "El agua se escurre por los desagües y baja a la calle desempedrada, sin ningún afecto". Debe repasarse el original, para ver qué quiso decir el autor, porque lo impreso es un galimatías.

En la línea 19 se lee "adversión" donde el autor debió poner sin duda aversión.

Pág. 158. Aquí un caso de notoria mala puntuación. Nosotros leeríamos como sigue: "Rondaba en torno de su enemiga, y como ésta no daba señales de advertir su presencia, se acercaba a nosotras, si pasábamos cerca, y su boca babeante, donde se ahogaba una mueca que quería ser sonrisa, sus ojos turbios, parecían decirnos que nos fijásemos en la Cola". Un indiscreto punto seguido después de sonrisa, desbarata aquella oración.

Pág. 168. En la línea 3 se lee "quizo" donde ha de leerse necesariamente quiso, gústele o no a los cajistas y correctores.

Obvio es decir que en la nómina anterior hemos pasado por encima de errores de menor monta, que harían muy extensa la anotación, ya que, en general, el libro aparece muy descuidado en su forma gráfica, conforme es el uso normal y cotidiano en las imprentas establecidas en Chile.

La paquera no es una novela de primer orden, y carece de equilibrio en la composición y adecuación de las partes, como ha podido verse en las anteriores citaciones, donde comparecen conceptos y reflexiones ajenos al devenir novelesco. El estilo, en cambio, aparece mucho más aliñado que en otras producciones de su autor, quien llegó a gozar de paradójica fama en Chile por las formas desaliñadas y esquivas de composición empleadas en la mayor parte de sus libros. Este resultado tal vez se deba a que, como cuenta el señor Uribe en el prólogo, la obra sufrió varias refecciones, interrumpidas por largos calderones de años en que Latorre pudo recapacitar en lo ya escrito.

RAÚL SILVA CASTRO,

Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.